

El estribillo de mi corazón

Ignacio Lloret



Narrativa

Ediciones  Eunate

Ignacio Lloret

El estribillo de mi corazón

Ediciones  Eunate

Diseño de cubierta y tratamiento de imágenes: Carlos Ortega
Roldán—Iglobal3d
© Fotografías de portada y autor: Patricia Birkenmeier

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares, mediante alquiler o préstamo públicos.

©2021 Ediciones Eunate
e-mail: eunate@eunateediciones.com
www.eunateediciones.com
©Ignacio Lloret
ISBN: 978-84-7768-426-8
Depósito Legal: DL NA 1346-2021
Impreso en Navarra (España)—*Printed in Navarre (Spain)*

A mi amigo Miguel Lorán

*Inspiré profundamente y escuché
el antiguo estribillo de mi corazón.*

La campana de cristal, Sylvia Plath

1

Claudio Blum era ventríloco desde hacía cuarenta años. Tenía sesenta y ocho y no había planeado jubilarse, pero en los últimos meses una serie de enfermedades leves había deteriorado su salud. Además de pasar por una apendicitis aguda, un catarro mal curado había derivado en una bronquitis crónica que le obligaba a toser cada varios minutos y que hacía muy difícil su trabajo. De modo que al final de esa primavera, después de cumplir con los compromisos adquiridos, unos cuantos *shows* en salas de fiestas y un programa de televisión, decidió retirarse. Una tarde de principios de junio reunió a sus muñecos en el salón de casa y les comunicó la noticia.

—Caramba, Claudio —respondió Jimmy cuando Blum terminó de hablar—, no contábamos con algo así.

—Yo ya lo intuía —dijo Miss Higgins con expresión arrogante, mirando hacia la ventana que daba a la calle—. Se veía venir.

—¿Por qué dice eso, Miss Higgins? —se defendió Claudio con tono de remordimiento—. Lo he decidido hace muy poco.

A continuación, todavía con una mueca triste en la cara, Claudio se volvió hacia el señor Yáñez y hacia la perra Linda, y les preguntó qué opinaban ellos.

—Pues, verá, señor Blum —contestó el hombre de mejillas sonrosadas con su guitarra cosida al cuerpo de trapo—, yo... yo querría saber qué va a pasar ahora con nosotros.

—Eso, ji, ji, ji, qué va a pasar —repitió Linda, soltando su risita seca.

Aquella conversación dejó al ventrílocuo una sensación de malestar. Los días siguientes recordó los comentarios de sus muñecos y continuó dando vueltas al asunto. No dudaba de lo correcto de su decisión y, sin embargo, se daba cuenta de que la había tomado sin pensar demasiado en el resto del grupo.

Quizá por eso, para ganar tiempo y tener a la vez una deferencia con sus chicos, volvió a convocarlos al cabo de una semana, un viernes en que ya empezaba a apretar el calor, y les anunció que ese verano harían un viaje en coche todos juntos.

—¡Qué bien! —exclamó Jimmy aplaudiendo en el sofá—, ¡a mí me gusta mucho ir en coche!

—¿Qué clase de viaje, señor Blum? —preguntó Miss Higgins algo alterada, sin hacer caso del chico—, usted sabe que yo necesito preparación para algo así.

—No se preocupe. Yo la avisaré con antelación para que no se olvide nada.

—¿Podré tocar la guitarra por el camino, señor Blum? —le preguntó el señor Yáñez en voz más baja, rasgando las cuerdas despacio.

—¡Espero que no se le ocurra! —protestó la mujer, observándolo con su desdén habitual.

—Ya veremos —concluyó Claudio.

Su plan consistía en visitar a unas cuantas personas a quienes hacía tiempo que no veía. Sin llamarlas de antemano para no comprometerlas, iría a los sitios donde vivían y pasaría un rato con ellas.

—Claudio —le dijo Linda moviendo la cola en el suelo del salón—, yo, ji, ji, ji, tendré que parar a menudo.

—¿A qué te refieres?

—Se refiere a cuando vayamos en coche, Claudio —intervino Jimmy—. Ella no puede estar muchas horas encerrada. Se mareará, ya lo sabes.

—Tranquila, Linda —respondió Blum acariciándole la cabeza—. Haremos todos los descansos que sean necesarios. No tendremos prisa. Será un viaje diferente.

Pocos días después, una tarde de finales de junio, se pusieron en marcha. Claudio había elegido esa hora del sábado porque era cuando menos tráfico circulaba por las carreteras. Y así fue también esta vez. Salieron de la ciudad y tomaron la autovía del norte sin sufrir atascos.

Como habían anunciado que la ola de calor seguiría por lo menos una semana, Blum había decidido ir primero a las montañas. De ese modo, escaparía un poco de las altas temperaturas y de la humedad de la costa. Allí, en una aldea perdida entre valles de difícil acceso, vivía Selma Larkin, la psiquiatra que lo había tratado en cierta ocasión. Se había jubilado unos años antes y había elegido aquel lugar apartado para poder escribir sin que nadie la molestara.

—¿Os acordáis de Selma? —preguntó Claudio a sus muñecos, que apenas habían hablado durante los primeros minutos.

—Yo me acuerdo muy bien —contestó Jimmy desde su sitio junto a la ventanilla derecha—. Fumaba mucho y a veces me soplaban el humo encima.

—¡Pero si tú no estabas en esas sesiones! —intervino Miss Higgins, sentada en el asiento del copiloto—. ¡Qué imaginación tiene este chico, señor Blum!

—¡Claro que sí! ¡Estuve una vez cuando la doctora le dijo a Claudio que quería conocernos!

—Es verdad —dijo el señor Yáñez desde la ventanilla izquierda—. Lo que pasa es que usted no quiso acompañarnos, Miss Higgins.

—Ji, ji, ji, no quiso —se rió Linda a continuación.

Luego, todos se quedaron callados. En esa zona, el paisaje ya era verde y frondoso, con muchos árboles y algunos riachuelos, y ninguno de los viajeros quería perderselo. Incluso Miss Higgins, a quien le gustaba cerrar las discusiones con una última palabra, giró la cabeza hacia el cristal y se distrajo mirando a través de él.

El silencio le vino bien a Claudio. No en vano, había pensado en ese viaje como una forma de romper con la rutina. Como un periodo de reflexión. Acababa de tomar una decisión importante y necesitaba unas condiciones propicias para asimilarla, para asumir todo lo que suponía retirarse después de tantos años. Por eso no había querido llevarse el teléfono móvil. Lo había dejado en casa desconectado. Había apuntado por si acaso los números de las personas a quienes deseaba visitar, pero confiaba en que fuese suficiente con sus direcciones.

Ahora, conduciendo despacio para poder mirar a su alrededor, se puso a recordar episodios del pasado. De su carrera en el mundo del espectáculo. Recordó cómo había llegado a él de una manera casual. Es verdad que desde su infancia había sido bueno imitando a la gente. Sus voces y sus gestos. Y que notaba una excitación especial cuando actuaba delante de otros. Cuando les contaba chistes o escenificaba historias cómicas para ellos. Sin embargo, una cosa era ser gracioso en reuniones

privadas, entre familiares o amigos, y otra muy distinta convertir esa afición en un oficio. Sea como fuere, hubo un día a partir del cual empezó a conseguir bolos en pequeños locales. Y aunque nunca había planeado dedicarse a esa actividad profesionalmente, en cierto momento se dio cuenta de que podía hacer de ella su medio de vida.

—¿Falta mucho, Claudio? —preguntó Linda de repente, asomando su cabeza entre los asientos.

—¿Para qué?

—Ella se refiere a...

Claudio tuvo que interrumpir a Jimmy para poder toser.

—Caramba, Claudio —dijo entonces el chaval—, esa bronquitis está tardando en curarse.

—Yo os avisaré, ¿de acuerdo? —contestó Blum a los dos—. Intentad entreteneros un poco, por favor.

Era curioso el modo en que ocurrían las cosas, seguía pensando el ventríloco. Quién le hubiese dicho a él que terminaría saliendo en televisión. Actuando ante miles de espectadores. Quién habría imaginado que tendría tanto éxito agarrado a unos muñecos, moviendo sus cuerpos con una mano y haciéndoles hablar con voces diferentes. No, él nunca habría soñado con algo así.

De pronto, recordó a su primer personaje. A Sandy, la adolescente coqueta. ¿Por qué no había funcionado? Quizá por la voz tan aguda que debía poner él para darle vida, se dijo Claudio afirmando con la cabeza. Aquello le había agotado en pocas semanas. De todas formas, fue una lástima tener que renunciar a ella. Se había encariñado con el muñeco. Además, el